



ANTONIO MONTERO Y DIEGO DE FRIAS.

ROMANCE EN QUE SE REFIERE UN RARO SUCESO, Y NOTABLE tragedia, que en la Ciudad de Antequera les sucedió á dos Mancebos muy amigos, el uno llamado Diego de Frias, y el otro Antonio Montero, el cual era casado con una muy hermosa Dama; y como Diego de Frias, habiéndose enamorado de ella, la sacó de su casa, y la llevó á la Ciudad de Sevilla; y como despues Antonio Montero los mató á entrambos.

A la Virgen del Rosario
la suplico me dé aliento,
mientras mi lengua declara
el mas notable suceso,
que en la Ciudad de Antequera
les sucedió á dos mancebos,
el uno es Diego de Frias,
y el otro Antonio Montero.
Eran ambos muy amigos,
y de muy cercanos deudos:
era Montero casado
con Doña Juana de Cueto,
blanca y rubia es como un Sol,
y de lindo entendimiento,
discreta, entendida y sábia;
mas aquel dragon soberbio
siempre tiró á derribarla,

armando trazas y enredos.
Hizo que se enamorase
Diego de Frias, teniendo
tanta cabida en su casa:
de amores andaba muerto,
hasta que la dijo un dia:
Si tú pagáras mi afecto,
fueras dueña de mis bienes,
pues que tanta hacienda tengo.
La dama le respondió:
Mira, que Antonio Montero
es tu amigo, y si lo sabe,
mala fortuna tendrémos,
mas al fin yo daré traza
que nuestro amor disfrutemos.
Ingrata muger y frágil,
que quebrantando el precepto

de tu esposo, diste entrada
al galan, Jesus, que yerro?
Tirano, aleve, qué haces?
A tu amigo verdadero
una crueldad tan grande
sin reparar en el riesgo?
Disfrutaron sus amores
con muchísimo contento;
y como Montero es hombre
de reputacion y empeño,
temiéndose que lo sepa,
toman galas y dineros,
y en un ligero caballo
una noche se salieron:
camino van de Sevilla
estos dos amantes tiernos.
A aquella Ciudad llegaron,
allí pusieron su asiento,
y en una casa vivian
con muchísimo secreto.
Volvamos ahora á Antequera
á declarar el suceso,
pues cuando Montero vino,
y halló á su mujer de menos
aquí de corage tiembla,
y se abraza en fiero fuego,
por boca y ojos echaba
volcanes de vivo incendio.
Ya se retuerce las manos,
echando mil juramentos
de no cortarse la barba,
ni vestir camisa el cuerpo,
hasta que matase aquel,
que maltrataba su crédito.
Mas de dos meses pasaron
sin pasarse Montero
de dia, sino es de noche,
las diligencias haciendo,
hasta que alcanzó á saber
que en Sevilla están de cierto.
Yá se remuda la ropa,
y por no ser descubierta,
se pone unas barbas canas,
que le tapan todo el pecho,

un jugon ojeteado,
que lleva arrimado al cuerpo,
un gaván de paño pardo
con mas de dos mil remiendos,
entre los cuales llevaba
cuatro volcanes de fuego:
un afilado cuchillo
previno para su intento,
una monterilla vieja,
en medio un casco de acero,
una capa mal formada,
un bordoncillo; y pidiendo
limosna se fué á Sevilla,
y á ella llegó bien presto,
donde estando con cuidado
las diligencias haciendo
un dia en San Salvador
tendió la vista Montero,
vió pasar á su enemigo,
los pasos le fué siguiendo.
Lo vido entrar en la casa,
preguntó y supo de cierto,
que era allí donde vivia,
y retirándose luego,
le escribió una carta falsa
con mas de dos mil enredos
de Don Francisco de Frias,
tio de aqueste mancebo.
En punto de la Oracion
llegó á la casa Montero,
y dando un golpe á la puerta,
le bajó abrir el mancebo:
vido un viejo venerable,
todo de canas cubierto,
y de ropa mal fardado,
y los ojos por el suelo;
qué se ofrece, padre honrado?
(le dice al fingido viejo)
y él con grande disimulo
preguntaba por él mesmo.
Yo soy, le dice al instante,
y fingiendo cumplimientos,
sacó del pecho la carta,
y besándola en el sello,

se la dió, Diego de Frias
 el sobreescrito leyendo
 rompe la nema, y prosigue,
 estas palabras diciendo:
 Sobrino del alma mia,
 mil años te guarde el Cielo,
 y te libre de enemigos,
 que contra tí están opuestos.
 Yo tu tio Don Francisco
 te envio á decir aquesto,
 que en Antequera se sabe
 que en Sevilla estás de cierto,
 por lo que á buscarte ván
 Montero, y algunos deudos:
 Quiero traerte á Carmona,
 pues yo allí mismo te espero,
 y en la casa de un amigo
 vivirás con gran secreto,
 y nosotros descuidados,
 que son tantos los lamentos
 de tu madre, y tus hermanas,
 las discordias, y los pleitos
 de parte de tu enemigo,
 originados del hecho,
 que me obligan á venir
 á ponerte en salvamento:
 con el portador saldrás,
 á quien encargo el secreto,
 porque antes que venga el alba
 estés de término adentro
 de Carmona, porque en ella
 estarás libre del riesgo.
 El Cielo os guarde, sobrino,
 los años de mi deseo.
 Se quedó el mozo elevado,
 muy pensativo y suspenso:
 la mujer sale, y le dice:
 Mira no sea algun enredo.
 No es enredo, le replica,
 y hemos de ir sin remedio.
 Lo que conviene, señora;
 que al portador regalemos.
 Aprestaron el caballo,
 y aquella noche salieron

por la puerta de la Carne
 dama, galan y escudero.
 O desgraciada señora!
 ó malogrado mancebo!
 que no sabes la desgracia,
 que vá en tu acompañamiento!
 Mas en llegando á la venta
 yá que el alba iba rompiendo
 dijo el galan á la dama:
 Aquí un rato soseguemos.
 Dice Montero, eso nó;
 pues vamos con tal secreto,
 quiere usted parar en venta?
 mas adelante pasemos.
 Toman una oculta senda
 por unos montes espesos
 de pinos, y de jarales:
 á las umbrías de un cerro
 volvió Montero la cara,
 y dice: aquí paremos,
 para que estemos seguros
 de todos los pasajeros.
 Se apearon del caballo
 los dos muy amantes tiernos
 diciéndose mil cariños,
 veneno para Montero.
 Dice el galan á la dama:
 Dulce regalado espejo,
 almorzemos, que yá es hora.
 Entonces sacó Montero
 dos furiosas carabinas
 de los cosidos remiendos,
 se quitó la mascarilla
 de las barbas, y malgesto,
 y en altas voces decia:
 Yo soy Antonio Montero.
 La mujer que aquesto oyó,
 cayó redonda en el suelo.
 Diego de Frias turbóse,
 quiso hablar, mas el aliento
 le faltó, pues le dispara
 una pistola á este tiempo;
 que las penetrantes balas
 le atravesaron el pecho,

revuelto en fuego y sangre,
 estas palabras diciendo:
 Confesion, que me has matado,
 perdona, amigo Montero,
 no me acabes de matar,
 tráeme los Sacramentos,
 el alma es la que te encargo,
 y pague el delito el cuerpo.
 Mas él, tirano y aleve,
 vengativo, horrible y fiero,
 se arrimó, y con el cuchillo
 le ha cercenado el pescuezo.
 Se fué á la mujer, que estaba
 casi difunta en el suelo,
 de los cabellos la agarra,
 dos mil injurias haciendo,
 la dice: Falsa, enemiga,
 qué es lo que á mi honor has hecho?
 Mi crédito le has perdido,
 pues de esta suerte me veo,
 traidora, me pagarás
 conforme el merecimiento.
 La cabeza la cortó,
 con ella el brazo derecho:
 en un baul que llevaban
 de las prendas y el dinero,
 metió aquestas tres alhajas,
 y en un caballo ligero
 ácia Antequera camina,
 de este caso satisfecho.
 A las doce de la noche

llegó á su casa Montero,
 y porsima de las puertas
 con duros clavos de hierro
 fijó el brazo y las cabezas,
 poniendo un letrero en medio,
 que con claridad decia:
 lo hizo Antonio Montero
 por restaurar lo perdido
 de su punto, honor y crédito:
 de esta suerte los maté
 en tal parte quedan muertos.
 Volvió la rienda al caballo,
 se fué á Málaga derecho,
 sentó plaza de soldado
 con muchísimo contento,
 á servir al Rey en la guerra
 haciendo notables hechos.
 A otro dia, cuando el alba
 se levantó de su lecho,
 cuantos por la calle pasan
 quedan confusos y yertos.
 Dieron cuenta á la Justicia,
 los cuales vinieron presto;
 los señores admirados,
 despacharon por los cuerpos,
 donde les dán sepultura.
 Aquesto sirva de ejemplo
 á las señoras mujeres,
 y á los galanes mancebos,
 que no se precien de amar
 cosa que tenga otro dueño.

FIN.